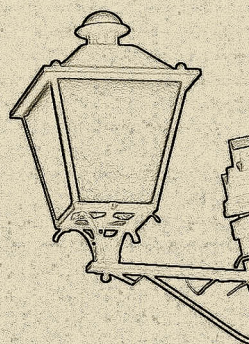
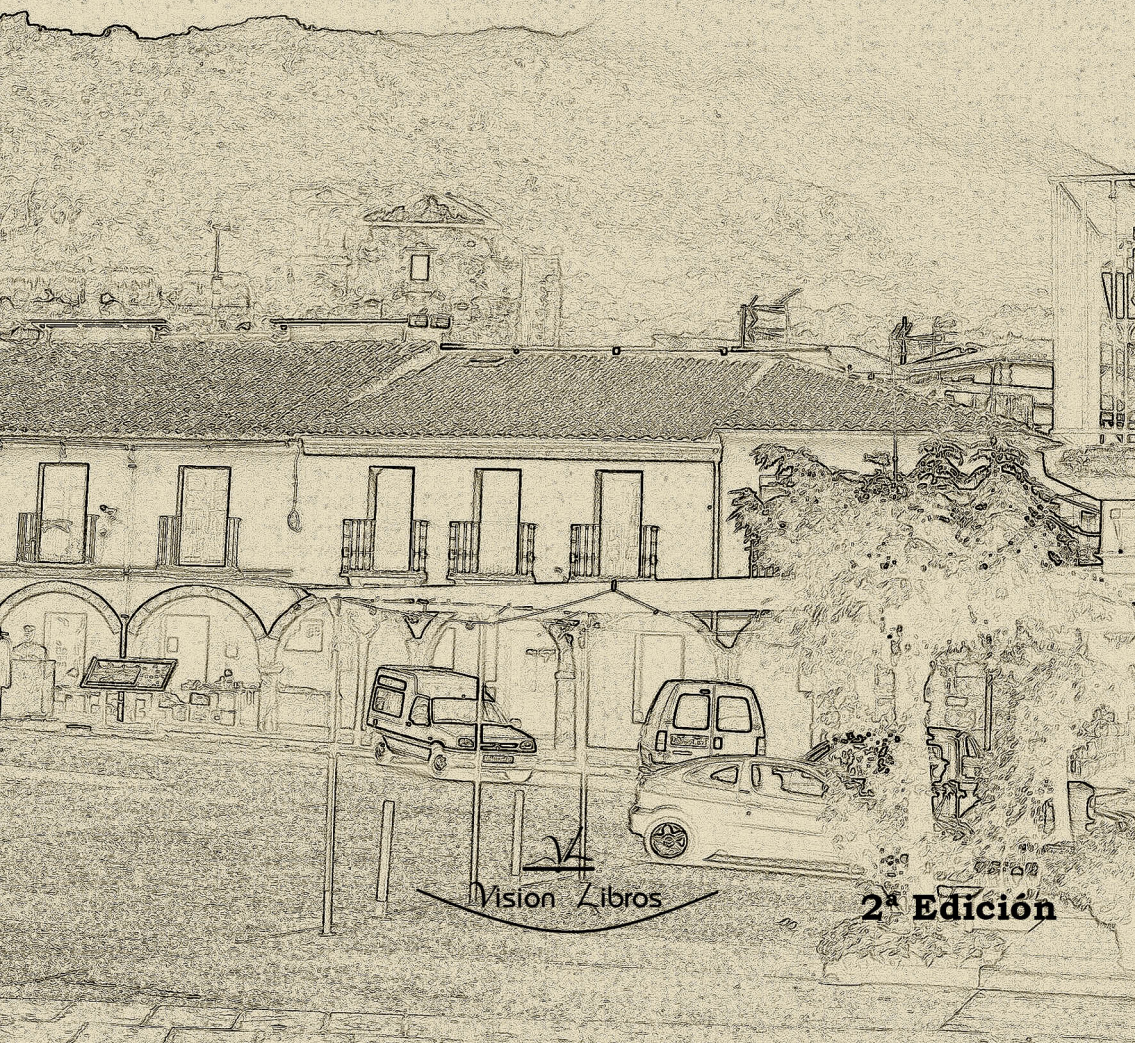


Lo invisible

Santiago Solano Grande



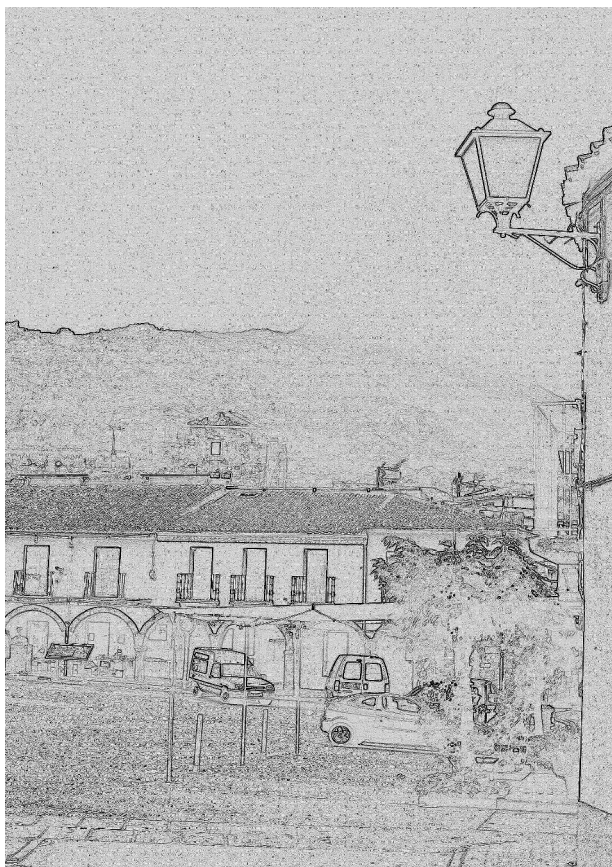
Vision Libros

2ª Edición

Lo invisible

Santiago Solano Grande

Lo invisible



© Obra: LO INVISIBLE. 2ª Edición.

© Autor: Santiago Solano Grande

ISBN: 978-84-19559-22-7

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A todos los que han sido, son y serán
en Santa Cruz de la Sierra,
Cáceres,
España

Capítulo 1

Pedro, arriba, que son ya las cuatro y media de la tarde — dijo Tío Jacobo desde la puerta del dormitorio.

El niño había dormido del costado derecho, con las piernas encogidas sobre el vientre, mirando a la pared blanca de la que colgaba un cuadro que representaba a la Virgen María y a un Niño Jesús recién nacido. Una arruga inoportuna de la almohada había dibujado en su sien y en su pómulo diestro como un surco violáceo. Abrió los ojos a regañadientes. Se sentía muy cansado, como si el cuerpo le pesara una tonelada. Estiró las piernas y los brazos y se restregó la cara sudorosa con la palma de la mano abierta. Intentó incorporarse y no pudo. Regresó otra vez al sueño.

Al rato volvió Tío Jacobo:

— Vamos, Pedro, levanta, que ya va haciendo menos calor.

— ¡Es que estoy muy cansado! — protestó Pedro.

— ¿No quieres entonces que te desvele el secreto maravilloso de Sierra Camello?

"SE CRE TO MA RA VI LLO
SO DE SIE RRA CA ME LLO",
silabeó la voz interior como en
susurros, con un tono de mis-
terio inconfundible... « ¡MUY
IMPORTANTE, MUY INTERE-
SANTE, MUY... "GUAY"! », gri-
tó esta vez con enfado.

— Bueno, vale, cállate ya — se dijo el ni-
ño.

Pedro se sentó en la cama; mientras, Tío Jacobo bajaba la escalera de mármol blanco camino de la cocina y preparaba la mochila. Se dio dos palmaditas en la cara para reco-
brar la lucidez y empezó a vestirse: primero,
el pantalón tejano que mamá había cortado
hasta dejarlo por encima de las rodillas; se-
gundo, la camiseta blanca con rayas vertica-
les en azul y verde; tercero, los calcetines ma-
rrones; cuarto, las zapatillas de deporte.

— ¿Te queda mucho? — vociferó Tío Jacobo cansinamente desde abajo.

Pedro empezaba a bajar la escalera en ese mismo momento.

— Ya voy, ya voy.

Los ojos se le llenaron de luz al abrir la puerta en la que terminaba la escalera. Tuvo que cerrarlos. Los abrió muy lentamente. Más que ver, intuyó nuevamente aquel pasillo raro que lleva a la calle por un lado y a un patio chiquitito, la cocina y el cuarto de aseo, por otro: la bóveda haciendo arcos como en las catedrales; todo pintado de un blanco hiriente; un jamón colgando de un gancho con tres brazos que parecía fuera a desprenderse en

cualquier momento del techo; los peldaños del suelo muy anchos, de casi un metro, y bajitos, diez centímetros de altura; la puerta de entrada a la vivienda toda de aluminio, con un cristal traslúcido de aproximadamente medio metro cuadrado; y una reja por dentro y por fuera, sobre el cristal, disipando las malas intenciones de los ladrones. Entró en el patio minúsculo, cuadrangular, de altas paredes sin pintar, de no más de nueve metros cuadrados de amplitud.

— Cuidado no te caigas — dijo Tío Jacobo extendiéndole una mano.

Subió los dos peldaños, estos ya si como los de las otras casas, que llevan a la cocina. Hacía calor. Juan, el padre de Tío Jacobo, estaba sentado en una banqueta frente al ventilador. Llevaba sólo un pantalón azul remangado por encima de las corvas. El sudor le corría por entre los pelos del pecho y por la espalda. Cipriana, la madre de Tío Jacobo, se afanaba preparando unos bocadillos de jamón. Ya tenía uno envuelto en papel de aluminio y empezaba con el otro.

— ¡Vaya cara de sueño que traes! Anda, lávate un poco la cara en el fregadero. Despéjate.

En la radio, Encarna, hablaba de lo mal que va la política. La nevera vieja, de vez en cuando, daba un respingo. Olía a chorizo y a morcilla.

— Toma, sécate con esta toalla.

— ¡Estáis locos... Subir a la sierra con estos calores no se le ocurre a nadie! Capaz que os dé algo —dijo Juan mientras Pedro se secaba.

— Deja a los muchachos, Juan —intervino Cipriana.

— Si no hace mucho calor — dijo Pedro desde el otro lado de la toalla —. Además Tío Jacobo sabe trucos contra las deshidrataciones. ¿Verdad?

— Si, algunos sé — contestó el aludido.

— Y es que hay que subir ahora que no hay nadie, que es cuando se pueden oír sobre la tierra las herraduras de los caballos de los moros y los cristianos batallando, ¿verdad, Tío Jacobo?

— Verdad... Ahora, o al amanecer, cuando el mundo está decidiendo si volver a nacer o quedarse anclado para siempre en la noche eterna de los siglos.

Juan sonrió levemente recordando otros tiempos de protagonismo. Cipriana no dijo más que:

— Bueno, los bocadillos ya están.

Pedro se puso la gorra amarilla de ciclista, la de Miguel Induráin, la que anunciaba a Banesto. Tío Jacobo, un gorro de explorador, como el de Cocodrilo Dundee. Salieron todos al patio. Luego al pasillo. Luego, una vez que pasaron bajo el jamón que chorreaba y cogieron las garrotas de la sala de estar, abrieron la puerta de la calle. Juan y Cipriana los despidieron desde el umbral.

— Id con cuidado, no os vaya a pasar algo. Subid despacio que hace mucho calor — dijo Juan levantando la mano derecha y saludando.

— Calla. Anda. Entra en casa, que a todo tienes que poner reparos. ¿No ves que ellos son jóvenes y pueden? — dijo Cipriana.

Y empujó cariñosamente a Juan hacia el interior del hogar.

Esperanza vino al mundo con la primera entonación de maitines de las monjas.

— Lo hizo en el número siete — declara el guijarro bajo la corriente.

El evento tuvo lugar en la cueva que había excavado el lego Raimundo Gómez Mateo hace más de cinco siglos, aquel hombre despistado en el decir de Las Crónicas. Cuentan que los profesos marchaban muy de mañana a los pueblos adyacentes, y que todo el día se les iba en mendigar la comida. Escribe el amanuense en el libro de papel de estraza con tapas de piel de cabrito que Raimundo salió pero no volvió.

— Hubo con toda seguridad de entretenerse en la cura de algún animalucho malherido del campo; luego, todos sabemos de sus ineptitudes como peregrino, perdió norte y no supo volver — leyó el Abad Arana setenta y cinco años después.

Anduvo pues por ende hasta caer desfallecido y terminó levantando el monasterio en las estivaciones de la sierra, las ilusiones y los recuerdos como móvil primero de la gesta.

— El pueblo creció con la obra sacra como una mala simiente.

— Sí que nació nuestra Esperanza en la calle nominada entonces del Abad de Arana y hoy de Cuchilleiros, la que corre paralela a la vereda a la que se asomaba y se asoma la fachada principal del convento, cuatro metros más abajo, camino ya de la planicie — proclama el abogado.

— Lo hizo en un día de Navidad templado, como de primavera, sin viento ni nublados.

Su madre recordó siempre que aquella fecha y aquellas circunstancias fueron como una señal de predestinación celeste. Adela sintió en la vejez que se le trastornaba el seso por la pérdida de memoria y el crecimiento desmesurado de una fantasía trocada en paranoia por el tiempo. La longevidad infinita que Dios quiso darle la utilizó para reiterar hasta la locura que su hija iba a ser monja; una y otra vez, incesantemente, que no en vano su alumbramiento había sido simultáneo con el comienzo de los salmos de alabanza y peticiones al Dios de todos los cielos por parte de las religiosas. Repetía a las esquinas de las edificaciones que la alborada se presentó cálida como una caricia con guante de terciopelo blanco, y que algo raro flotaba en la atmósfera.

— Un algo así como un ahogo o un aliento contenido — dijo más de una vez.

Le hablaba también a los agujeros de las paredes de las casas y a las lagartijas que en ellos habitaban. Las puertas y las ventanas destartaladas de las viviendas, que se caían de puro viejas, escucharon impertérritas sus confidencias. Todo lo que su muy enferma imaginación señalaba como con oídos tuvo que soportar sus peroratas.

— Lo que acaeció con la arribada de Esperanza al mundo, lo sentí yo como referencia inequívoca del destino de desarraigo que habría de llevar la criatura. El

disgusto de su padre Marcelino al saber que era niña, primero: "Una boca más que alimentar y un brazo menos para el campo", dijo; la hinchazón desmedida con que germinó la desventurada, segundo, que hizo que mi "Jose" exclamara que aquello no era una hermana sino un sapo, y que le llevó a salir corriendo en busca de un escondite donde ocultar sus lágrimas. El derrumbe de la torre de la iglesia, como remate; que se cayó de puro avejentada y que le costó la vida a "El Buscaliebres", el pobre arriero del pueblo. Noches de quebranto para la mujer, dos hijos, viuda y huérfanos, que dejó a la intemperie y al lado de la laguna — explicaba a Don Macario, el cura.

3

Esperanza dejó de llorar definitivamente una noche de verano, apenas cruzado el meridiano de los tres años. Nunca jamás después derramó lágrima alguna. Refieren los que la conocieron que no la vieron ni siquiera sollozar, que aquella misma noche plegó los labios y se levantó del montón de pajas mustias que era su lecho, que caminó hasta el hueco de la puerta, que apartó la manta que lo cubría, y que se sentó en el suelo a jugar con la tierra.

— Aquel cielo negro de puntos blancos y aquella cara redonda y pálida la miraban desde lo alto. El croar lejano y apagado de las ranas subía como un cantar desde la laguna. La cháchara de los grillos y las cigarras, en lo agreste de la sierra, parecía al alcance mismo de la mano, lo mismo que el silbo monótono del viento sobre la mudez del erial.

4

Su madre se despertó extrañada de aquel silencio y de la ausencia de aquel quejido lastimero de cada

noche. Adela abrió los ojos y experimentó la angustia de quien descubre que de pronto le falta el aire, saltó de la cama y encendió el candil, ojeó la habitación. Al no verla en su lecho dijo:

— Me la han secuestrado.

Salió a la calle e inmediatamente la reconoció. Relató años después que tenía la boca manchada de tierra.

— Y el pelo, y las ropas; era más un animal salvaje que una niña.

Y seguidamente el adagio.

— Éramos pocos y parió la abuela.

Le dio unos azotes; ella guardó silencio. La desnudó y la sumergió en el agua fría de la pila. Le restregó todo el cuerpo con un estropajo de cuerdas; ella ni se inmutó. La volvió a meter en la cama; ella se puso a jugar con sus dedos diminutos y a sonreír.

El canto del convento se posó sobre el pueblo en ese mismo instante. Las bestias resoplaron en las caballerizas y los gallos cantaron. Los hombres del campo abrieron los ojos y se desperezaron, se pusieron sus camisas blancas de lino y sus pantalones de pana, las sandalias de cuero en los pies y el sombrero de paja sobre la cabeza; cortaron seguidamente la cecina y la hogaza de pan, llenaron las botijas, subieron las alforjas a los asnos, salieron a la calle y vieron al astro rey que ya iba pintando el cielo de rojo y tiñendo la bóveda celeste de azul.

— Normalidad — gritan las ramas de las encinas.

Doña Fernanda dejó incluso para el día siguiente el alumbramiento de Fulgencio; iba a ser Fule para los amigos. Todos creyeron que lo hizo con intención y alevosía.

— Para arropar el hecho excepcional acaecido con la mediocridad de lo habitual.

Otros dijeron que todo era cosa del destino caprichoso que jugaba a disimular los verdaderos motores

de la existencia humana. Don Agapito mismo jamás supo nada de esto. La ilusión del heredero que le iba a nacer de Fernanda lo poseía. Siguió pues navegando en su sueño de hidalgo, se esforzó una vez más en olvidar la profesión de mujer oscura de la que había vivido su madre y la posterior huida de la gran ciudad con la faltriquera repleta de dinero sucio.

5

Marcelino se lavó las manos y los pies a la vuelta del trabajo. Era ya de noche otra vez; mas no quiso saber nada del suceso extraordinario que en su morada había acaecido.

— Aquella ausencia de lágrimas en la niña.

No prestó oídos a lo que Adela le contaba, no quiso saber nada; olvidó toda aquella clara premonición que anunciaba que su hija iba a ser santa. Venía con la fatiga metida en el cuerpo y la afrenta en el corazón, con el alma carcomida por la ira que la injusticia social siembra en los corazones.

— Tanto para tan pocos y apenas nada para casi todos — recuerda el viento que dijo.

Aquella vieja herida de impotencia ante la servidumbre ciega se le había abierto de nuevo. Nada le laxaba la tensión emocional. El trato de favor que los otros le dispensaban por ser el hijo del capataz de Don Agapito le alteraba los nervios más todavía; y refería con voz cansina que se habían matado no menos de una docena de corderos.

— Como preparación del festejo gastronómico que se va a efectuar por el nacimiento del primer hijo del ilustre patrón, dos terneras lechales y cuatro cabras. Se ha abierto un tonel de vino añejo. "De no se sabe cuántos años", dice El Torcuato. Se han hecho los dulces de las mil y una noches. El aguardiente de Cazalla de la Sierra ha corrido ya cual regato desbordado.

Más de uno anda que no se tiene en pie. Han salido mensajeros con misivas a todos los pueblos cercanos. El cura del pueblo ha hecho plegarias y jaculatorias. El maestro ha ofrecido la escuela como salón para el banquete. El alcalde se ha puesto a disposición de El Señor para lo que haga falta; y nosotros, ya ves, en esta pocilga.

Adela pasó su mano amable por los hombros del esposo después de llenar el estómago con las sopas de tomate de la cena y tras el acomodo en aquel poyete que ellos llamaban "la burra" y que él mismo colocó a la entrada del domicilio como huella de una paternidad nueva en el pueblo. Le acarició la nuca con ternura, le dio un casto beso en la mejilla; y le repitió que lo amaba con una voz nueva.

Él permaneció en silencio. Se le notaban el esfuerzo considerable que hacía por retener las lágrimas de impotencia que le cosechaban las desafinadas melodías de los músicos, la verbena que poblaba la plaza del pueblo, el bullicio y la charanga que se vestían de sordina, allá, en aquel lugar.

— La lejanía como una daga más — proclaman las trompetas.

Él no dijo nada, mas se le metió en el cuerpo la simiente de la muerte a cuchillo y le creció vertiginosamente por todas y cada una de las células de su cuerpo derrotado. El vampiro invisible que algunos llaman ira lo apuñaló aquella noche y le substrajo la sustancia de la vida. Arrugas prematuras de centenario crecieron en su rostro. En las cristalinas aguas de la pila en la que se lavó se las vio al día siguiente. Una especie de asfixia lo mantuvo en duermevela toda la noche y le hizo levantarse dos veces a orinar. Soñó entre despertar y despertar con revueltas sociales y sangre, con la alegría de la liberación y el desconsuelo de las defunciones de parientes y amigos. Se alternaron en la vigilia y el sueño el caos demoledor y la ilusión contenida.